

FERNANDO PIÑÓN.
A MAN NAMED FERNANDO.

SENTIA PUBLISHING COMPANY, 2020. 112 PP.

El confinamiento impuesto por el surgimiento de la crisis sanitaria causada por la aparición de COVID-19 en el 2020, hizo que Fernando Piñón, un exeditor de *Laredo Morning Times*, periodista y columnista político de *San Antonio Express News*, profesor retirado de Ciencias Políticas en San Antonio College e instructor adjunto en la Universidad Texas-San Antonio, además de autor de varios libros de política en el sur de Texas, se aventurara a escribir un texto diferente desde la soledad de su hogar.

Piñón, confiesa que el auto encierro le ha llevado a un viaje de introspección en el que busca encontrar la armonía a las disonancias que le han acompañado durante su vida. El texto, entonces le permite definir los factores que modelaron su identidad como mexicanoamericano y su pensamiento sociopolítico, influido principalmente por la familia, el barrio y su lugar de origen, Laredo, Texas, un espacio en la frontera sur de Estados Unidos donde la mayoría de sus habitantes, hasta el día de hoy, comparten un origen común con México y es desde aquí que surge *A Man Named Fernando*.

En este recorrido, Piñón reconoce el impacto que los valores religiosos de una familia profundamente católica hizo en él, pues lo convirtieron en un firme creyente de la existencia de un Dios todopoderoso, pero al mismo tiempo contrasta su fe con la práctica religiosa de los protestantes, profesada por los angloamericanos que vivían en Laredo. Este contraste por un lado presenta a una religión que enarbolaba la pobreza, la sumisión y el sufrimiento de la vida —un tránsito por un “valle de lágrimas”— como una forma de redimir los pecados y alcanzar la vida eterna, mientras que la otra mezclaba lo material con lo espiritual, donde el trabajo era un

llamado divino que permitía la prosperidad y que, finalmente, actuó como un catalizador en la riqueza del país. Pero esta prosperidad no se permeaba a las familias, el barrio o la ciudad de Laredo porque, de alguna forma, la comunidad mexicoamericana vivía marginada física, social y económicamente.

Laredo, clasificada en un tiempo como la ciudad más pobre de la nación, adolecía de un gobierno democrático y estaba dominado por líderes políticos que controlaban la educación, el empleo y donde los puestos importantes o de elección popular eran heredados en un continuum de autoridad para las “antiguas familias” o los angloamericanos y de dependencia para los mexicoamericanos. Injusticias como estas hicieron que Piñón escribiera su primer poema, publicado en el periódico local, que denunciaba las pocas oportunidades de los laredenses ante un sistema político denominado de patronazgo.

Al cumplir 18 años Piñón ingresa a la Marina de Estados Unidos y por primera vez se da cuenta de que el mundo contenido en su barrio lo había protegido de la discriminación racial y de las tribulaciones de otros grupos minoritarios de color. Recién obtenida la ciudadanía estadounidense, se da cuenta que no se sentía totalmente mexicano o americano, a la vez que toma nota de las realidades duales que prevalecían en el resto del país. Su salida al mundo le abre los ojos sobre los movimientos de derechos civiles vigentes en la década de 1960 por los que desarrolla empatía y, en cierta forma, activismo desde la trinchera del periodismo.

Una importante lección que Piñón logra dilucidar de su experiencia es la que aprende de las diferentes perspectivas que sus padres le brindaron sobre un mismo hecho histórico: la Revolución Mexicana. Mientras que su madre añoraba tiempos prerrevolucionarios mejores y se refería a los participantes de esta gesta como bandoleros que provocaron un rompimiento del orden establecido, el padre apoyaba la ideología que permitió la lucha armada; la una decía que la ley debía proveer la justicia social, mientras que el otro creía que la justicia social debía modelar la ley. Para Piñón, en el sur de Texas, la ley versus justicia social, entendida como la noción de que todos merecen la igualdad económica, política y social sin importar raza, género o religión, no era ni justa ni proporcional. Atrapado entre estas visiones, Piñón, concluye que

lo importante es la conexión entre estos dos conceptos, la justicia y la ley, que emergerán de una sociedad igualitaria donde las personas estén conscientes de sus derechos, creando un sistema político que les permita alcanzarlos.

En su reflexión Piñón establece un dualismo entre el mexicano-americano y el anglosajón que proviene de la historia y concluye que es la continuación del conflicto histórico entre los valores del Viejo y el Nuevo Mundo, de Inglaterra y España, en una lucha por defender sus imperios; de los valores del Renacimiento de Locke y Rousseau enfrentando el centralismo de Platón; del protestantismo luchando contra el monopolio de la Iglesia Católica; y del capitalismo norteamericano y el centralismo económico mexicano. Conflictos históricos que le dieron vida a otros como el del patrón y el peón, entre los estadounidenses y los mexicanos.

Finalmente, Piñón concluye que sus disonancias se ven reducidas por el reconocimiento de su propia historia, la de los movimientos sociales que han luchado por la igualdad, así como por las historias de éxito de individuos pertenecientes a grupos minoritarios, como los mexicanoamericanos, que han contribuido y continuarán contribuyendo a cambiar el panorama político, cultural y social de este país.

María Magdalena Guerra de Charur
Texas A&M University